

UNA SOLA CARNE
EN UN SOLO ESPÍRITU
TEOLOGÍA DEL MATRIMONIO

EDICIONES PALABRA
Madrid

Colección: Pelicano
Director de la colección: Juan Manuel Burgos

© José Granados, 2014
© Ediciones Palabra, S.A., 2014
Paseo de la Castellana, 210 - 28046 MADRID (España)
www.palabra.es
epalsa@palabra.es

Diseño de la cubierta: Raúl Ostos
ISBN: 978-84-9840-132-5
Depósito Legal: M. 1.843-2014
Impresión: Gráficas Rogar, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Todos los derechos reservados.
No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

JOSÉ GRANADOS

UNA SOLA CARNE
EN UN SOLO ESPÍRITU
TEOLOGÍA DEL MATRIMONIO



Pelícano

A Livio Melina.

ABREVIATURAS Y SIGLAS

AAS	Acta Apostolicae Sedis, Typis Vaticanis, Romae 1909ss	DTC	A. Vacant - E. Mangenot - E. Amann, Dictionnaire de Théologie Catholique (Paris 1909-1950)
AS	Acta Synodalia Sacrosancti Concilii Oecumenici Vaticani II, Typis Polyglottis Vaticanis, Romae 1970-1991	DSp	Dictionnaire de spiritualité ascétique et mystique (Paris, 1937ss)
BAC	Biblioteca de Autores Cristianos (Madrid)	ed.	editor / editores
Berndt	Hugo de San Víctor, De sacramentis christianae fidei, R. Berndt (ed.), Aschendorff, Münster 2008.	FC	Juan Pablo II, Exhortación apostólica postsinodal Familiaris Consortio
cat.	catequesis	Fontes	P. Gasparri (ed.), Codicis Iuris Canonici Fontes, Romae, Typis Polyglottis Vaticanis, 1923ss
CBQ	Catholic Biblical Quarterly (Washington, DC)	FP	Fuentes Patrísticas (Madrid)
CCEO	Código de Cánones de las Iglesias Orientales, BAC, Madrid 1994	GCS	Die griechischen christlichen Schriftsteller der ersten drei Jahr-hunderte (Leipzig)
CCL	Corpus Christianorum. Series Latina (Turnholti)	Gr.	Gregorianum (Roma)
cfr.	confer.	GS	Concilio Vaticano II, Constitución pastoral Gaudium et Spes
CIC	Codex Iuris Canonici, LEV, Città del Vaticano 1989	HDG	Handbuch der Dogmengeschichte (Freiburg, Br.)
Corpus Iuris Canonici	A. Friedberg (ed.), Corpus Iuris Canonici, 2 vol., Leipzig 1879	HM	Juan Pablo II, Hombre y mujer los creó. El amor humano en el plan divino, Cristiandad, Madrid 2000
CSEL	Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum (Vindobonae)	LG	Concilio Vaticano II, Constitución dogmática Lumen Gentium
DCE	Benedicto XVI, Carta Encíclica Deus Caritas Est	Lombardo, Sent.	Petrus Lombardus, Sententiae in IV Libris Distinctae, Spicilegium Bonaventurianum V, Grottaferrata [Romae] 1981
DH	H. Denzinger - P. Hünermann, El magisterio de la Iglesia. Enchiridion Symbolorum definitionum et declarationum de rebus fidei et morum, Herder, Barcelona 2000.	LThK2	Lexikon für Theologie und

	Kirche, 2. Auflage, Herder, Freiburg – Basel – Wien 1957ss		Revue de sciences philosophiques et théologiques (Paris)
LThK3	Lexikon für Theologie und Kirche, 3. Auflage, Herder, Freiburg – Basel – Wien 1993ss	RevSR	Revue des sciences religieuses. Faculté Catholique de Théologie (Strasbourg)
Mansi	J. D. Mansi, Sacrorum Conciliorum nova et amplissima collectio, Venetiis 1770.	RThAM	Recherches de Théologie Ancienne et Medievale (Louvain)
NRTh	Nouvelle Revue Théologique (Paris)	s.v.	sub voce
Parma	Santo Tomás de Aquino, Opera Omnia, vol. VII: Commentum in quatuor libros sententiarum II, Parma 1858	SC	Sources chretiennes (Paris)
PG	Patrologiae cursus completus. Accurante Jacques-Paul Migne. Series Graeca (Paris)	S.Th.	Santo Tomás de Aquino, Summa Theologiae, ed. Commissio Leonina (Opera Omnia, vol. 4-12, Romae 1888ss)
PL	Patrologiae cursus completus. Accurante Jacques-Paul Migne. Series Latina (Paris)	Strack-Billerbeck	H. L. Strack – P. Billerbeck, Kommentar zum Neuen Testament aus Talmud und Midrasch, I-IV, München 1922-1928 [reimpr. 1974-1978].
PTS	Patristische Texte und Studien (Berlin)	TRE	Theologische Realenzyklopädie, ed. G. Krauser – G. Müller, 34 vols., Walter de Gruyter, Berlin – New York, 1977ss
PUG	Editrice Pontificia Università Gregoriana (Roma)	TS	Theological studies. Theological Faculties of the Society of Jesus in the United States (Woodstock, Md.)
Quaracchi	San Buenaventura, Opera Omnia, vol. IV, Quaracchi 1889	WA	Martín Lutero, Werke, Weimarer Ausgabe, 1883ss
RAC	Th. Klauser (ed.), Reallexikon für Antike und Christentum, Stuttgart 1950-2001		
RDC	Revue de Droit Canonique (Strasbourg)		
RevAug	Revista agustiniana (Madrid)		
RevScPhTh			

El resto de las abreviaturas como en TRE.

PREFACIO

La teología del matrimonio se sitúa en una encrucijada de caminos. Pues aquí se dan cita elementos de variopinta condición: lo carnal y lo espiritual, el varón y la mujer, el amor humano y el divino, lo privado y lo público, la tradición y el futuro, la naturaleza y la fe... La clave de unidad nos la ofrece el modo en que se miran tantas facetas: el punto de vista de Dios, fuente del amor, que ha unido a varón y mujer y les bendice con un porvenir nuevo, haciéndoles partícipes de su manifestación definitiva en Cristo.

Puede entonces indicarse un hilo conductor para leer estas páginas. Se trata del nexo entre la «una sola carne» del hombre y la mujer, a que Dios les llamó desde el Génesis (cfr. *Gn* 2, 24), y la carne asumida por el Hijo de Dios, la carne con que Jesús vivió, sufrió, resucitó, ascendió al cielo, constituyendo el nuevo cuerpo de la Iglesia. La gran tradición teológica ha asociado, en efecto, el abrazo nupcial con la Encarnación. Comentando el primer verso del Cantar de los Cantares, «que me bese con el beso de su boca» (*Ct* 1, 1), podía decir, por ejemplo, san Bernardo: «La boca que besa es el Verbo que asume; lo besado, la carne asumida; y el beso mismo [...] el mediador de Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús»¹.

El santo cisterciense propondrá enseguida otra exégesis de este ósculo de comunión, aplicándolo ahora al Espíritu, fuente de unidad entre el Padre y el Hijo con el que Dios une a los hombres consigo: «Que me bese, dice, con el beso de su boca. Ved a la nueva esposa que recibe un nuevo beso [...]: Sopló sobre ellos y les dijo: recibid el Espíritu Santo»². Se completa así el punto anterior: la carne de Jesús puede hacerse una con la nuestra en virtud del Espíritu de comunión, que reposó en Él para desbordarse más tarde sobre sus discípulos; lo cual ilumina a su vez el misterio del matrimonio cristiano, donde la unidad en una carne será posible por el Espíritu de amor con que Dios unía a hombre y mujer desde el ori-

¹ Cfr. SAN BERNARDO, *Serm. Super Cant.* II, 3 (*Opera* I, ed. J. Leclercq, Romae 1957, pp. 9-10).

² Cfr. SAN BERNARDO, *Serm. Super Cant.* VIII, 2 (*Opera* I, ed. J. Leclercq, Romae 1957, p. 37).

gen del mundo, y que se derrama cabalmente sobre ellos en el sacramento de Jesús. «Donde la carne es una sola», había dicho Tertuliano, «uno solo es el Espíritu»³.

Siguiendo este surco –la unión en carne y Espíritu de Jesús y su Iglesia, la unión en carne y Espíritu de marido y mujer– el estudio del matrimonio, lejos de mostrarse cuestión accesoria, nos conducirá hasta la gran pregunta teológica: quién es el Dios que se ha revelado en Cristo y a qué salvación nos llama. «Admira el campo grande», decía Catón, «pero cultiva uno pequeño»⁴. Cultivando la pequeña parcela teológica del matrimonio se abre la vista para admirar el todo de la revelación cristiana.

Este tratado se ha escrito en el ámbito de enseñanza e investigación del Pontificio Instituto Juan Pablo II para estudios sobre el Matrimonio y la Familia. Y verá la luz, Dios mediante, el mismo año de la canonización de su fundador, el Papa de la Familia. A él va mi gratitud y reconocimiento por todo lo que he aprendido de su experiencia, enseñanza y ministerio. Agradezco también a los colegas y amigos con los que he discutido sobre el texto y cuyas intuiciones pueblan estas páginas, en particular a los profesores Livio Melina, José Noriega, Juan José Pérez-Soba, Bruno Ognibeni, Stephan Kampowski, Juan de Dios Larrú, Manuel Aróztegi, Carlos Granados, Luis Sánchez Navarro, Alexandra Diriar...; y a mis alumnos, que me han enriquecido con sus preguntas y observaciones, además de concederme el valioso préstamo de su atención. Un agradecimiento raíz se dirige a mis padres y hermanos, lugar originario donde he experimentado el plan de Dios sobre el matrimonio y la familia; y a mi comunidad religiosa, los Discípulos de los Corazones de Jesús y María, con quienes he gustado el gozo de una gran amistad en la nueva familia de Jesús.

Roma, a 1 de noviembre de 2013,
Solemnidad de Todos los Santos
JOSÉ GRANADOS, dcjm

³ Cfr. TERTULIANO, *Ad uxorem* II, 8, 7-8 (CCL I, 393).

⁴ *Ad Marcum*, framm. 9; cfr. VIRGILIO, *Geórgicas* II, 412-413.

INTRODUCCIÓN

TEOLOGÍA DEL MATRIMONIO EN SERVICIO A LA SOCIEDAD Y A LA IGLESIA

Capítulo 1

«LO QUE DIOS HA UNIDO»: EL MATRIMONIO, LUGAR TEOLÓGICO

«Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre» (*Mt* 19, 6)¹. La frase de Jesús justifica que exista una teología del matrimonio. Pues si las nupcias son «lo que Dios ha unido», es que allí se manifiesta Dios, es que allí se le puede gustar y conocer; aún más, es que allí Dios aparece bajo un aspecto clave de su misterio, ya que propio suyo es precisamente unir: congregar a los seres, armonizar entre sí los eventos, desvelando el origen y fin último de la historia; por eso el Evangelio puede resumirse como un gran anuncio de unidad: san Juan escribe que Jesús vino para «reunir en uno a los hijos de Dios dispersos» (*Jn* 11, 52); y Cristo pide «que todos sean uno» (*Jn* 17, 11) como lo son Él y el Padre.

Por tanto, si la teología se esfuerza por conocer el ser y obrar de Dios, el matrimonio, definido por Cristo como «lo que Dios ha unido», gozará de un puesto estratégico entre los tratados teológicos. A quien quiera describir la obra unitiva del Creador y aun su misterio interno de unidad, le será útil tener en cuenta cómo une Él a Adán y Eva, cómo une a cada marido y mujer. Se le desvelará allí que la cohesión divina es la propia del amor: Dios no crea enlaces forzados, sino tales que respetan la diferencia y piden ser acogidos libremente; no es la suya unión estática, sino la unión dinámica del don fecundo que pone en camino hacia una meta más alta.

El dicho de Jesús, «lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre», nos sirve así de introducción al tratado. Comenzaremos explorando la riqueza de este versículo (1). Desde aquí se abrirá la mirada para situar nuestro estudio, sea en la cultura de nuestro tiempo (2), sea en el conjunto de la teología (3).

¹ Cfr. J. M. CABODEVILLA, *Hombre y mujer: estudio sobre el matrimonio y el amor humano*, BAC, Madrid 1962.

1. «LO QUE DIOS HA UNIDO, QUE NO LO SEPARE EL HOMBRE»

«Lo que Dios ha unido» (Mt 19, 6). Jesús responde así a una pregunta trampa de los fariseos: «¿es posible divorciarse de la mujer por cualquier causa?» (Mt 19, 3). Como sucede otras veces, el Maestro rechaza situarse en el plano impuesto por sus interlocutores. Cristo quiere conferir una mirada nueva, poner un suelo distinto bajo los pies. Y es que la pregunta farisea concede ya demasiado: presupone que el amor no puede durar; da por hecho que existe siempre una causa para disolverlo; y se pregunta solo si esta es grande o pequeña. El enfoque excluye de entrada un amor que se sostenga hasta el fin; un vínculo más resistente que toda fuerza disgregadora. Jesús, con su rechazo del divorcio, señala la cuestión de fondo: ¿cuál es la firmeza del amor, su capacidad para sostener una vida, para enhebrar entre sí dos destinos y abrirlos a la meta última de todo hombre en Dios? El Maestro lanza un desafío: se trata de creer en el amor, de acoger su condición de fundamento sólido. ¿Queda esto a nuestro alcance, vista la fragilidad que aqueja las relaciones humanas?

La fuente oculta del amor

Ocurre que Jesús no se limita a afirmar la fe en el amor, su durabilidad. Hace más, ofrece una razón de peso: «Dios lo ha unido». Estamos tan acostumbrados a esta respuesta que no se nos ocurre una alternativa obvia: «lo que el hombre ha unido, que no lo separe el hombre». De haber contestado así, Jesús estaría exhortando a la coherencia, a la autenticidad: «manteneos fieles a la palabra dada, no os echéis atrás en el compromiso adquirido. Sed constantes. Que nadie corte la cuerda que él mismo ha ligado. Lo que el hombre ha unido, que no lo separe el hombre».

El Maestro, sin embargo, no invoca la constancia como motivo de la firmeza del amor. Pues conoce demasiado bien el interior de cada uno (Jn 2, 24) y la fragilidad de los lazos humanos. Meros compromisos de los amantes serían malos cimientos para edificio tan combatido de la lluvia; propósitos sembrados en las espumas del río, como dice el poeta: «palabras de amor, palabras». Si podemos, a pesar de todo, confiar en las palabras del amor, en el «sí» pronunciado para siempre, es porque nos refiere a otra esfera más alta por más honda, de que el individuo aislado no puede dar razón. Detrás de cada promesa que el hombre pronuncia está una promesa recibida, una garantía más originaria. Si Jesús rechaza el divorcio, no es porque confíe grandemente en la constancia humana: Dios los ha unido, no el hombre.

De ahí que el Maestro no reproche a los fariseos su falta de coherencia, sino su dureza de corazón. De corazón duro es el que se cierra en sí mismo y se apoya en sus solas fuerzas para, al final, encontrándolas parcas, buscar escapatorias legales. El corazón duro es, en consecuencia, el de mirada corta, pues no reconoce el don originario que ofrece futuro al amor humano. Solo desde ese don primero le es posible al amor renovarse cada vez que se rompe su cuerda, ofrecerse de nuevo cuando es rechazado. El pasaje anterior a la perícopa sobre el divorcio habla justamente de perdonar «hasta setenta veces siete» (*Mt* 18, 21-22) y narra la parábola del siervo sin entrañas, incapaz de condonar la pequeña deuda tras haber recibido un inmenso indulto del rey (cfr. *Mt* 18, 21-35).

He aquí cómo Jesús, en su respuesta, escapa al lazo que le tienden los fariseos. En efecto, la Ley de Moisés había permitido el divorcio; la enseñanza del Maestro parecía, entonces, oponerse a la que impartiera el gran Legislador. Lo que ocurre, responde el Maestro, es que la *Torah*, a su vez, se apoya en un principio fundante, raíz de la Alianza: el amor primero con que Dios engendró al hombre y lo regenera cada vez que se marchita. Solo quien descubre esa fuente escondida, gratuita e inagotable, del amor, puede confiar en su capacidad para durar por encima de cualquier amenaza. Volver a este principio es clave para entender la entera Ley de Moisés: a todo «amarás» le precede un «eres amado», que hace posible la respuesta y la sostiene².

Los fariseos habían perdido la memoria de este principio. Perder la memoria es otro sinónimo de endurecer el corazón. Un corazón duro es un corazón que ya no recuerda, que no mantiene viva la presencia de los beneficios originarios del Padre. «Por la dureza de corazón os permitió Moisés...» (*Mt* 19, 8). Al corazón que ha olvidado el origen y no se reconoce deudor de un beneficio inmenso, se le hace inseguro todo otro amor, y en concreto aquel que une al esposo y la esposa. Y le resulta necesario buscar excusas, pequeñas o grandes, para el divorcio.

El matrimonio y la Alianza

Refiriéndose al amor originario de Dios, Jesús sitúa el matrimonio en el gran marco de la alianza entre el Señor y su Pueblo. De hecho, la dureza de corazón se une, en otros momentos del Evangelio de Mateo, a una frase de Oseas: «misericordia quiero y no sacrificios» (*Os* 6, 6)³. Es de corazón duro quien no comprende la misericordia, manera en que

² Cfr. P. BEAUCHAMP, *La legge di Dio*, Piemme, Casale Monferrato 2000, 23.

³ Cfr. L. SÁNCHEZ-NAVARRO, «*Mt* 19, 3-9: Una nueva perspectiva», *Estudios Bíblicos* 58 (2000), 211-238.

Dios trata a su Pueblo. El marido que despierta a la mujer actúa contra este rasgo divino, pues Yahvé se reconcilia una y otra vez, a pesar de todo, con Israel, su Esposa. Quien repudia a su consorte muestra así, con el propio actuar, desconocer a Dios, aunque lo confiese con los labios. No es coincidencia que Oseas sea el primero que usa la analogía nupcial para hablar de la unión entre Dios e Israel (*Os* 1, 2-9). Así como el profeta debe tomar una mujer que le traicionará, así también Dios toma como esposa a un Pueblo de dura cerviz; y mostrará su misericordia cuando restablezca la Alianza, no obstante las traiciones de los suyos.

Este nexo entre el matrimonio y la Alianza lo sugieren ya las primeras páginas del Génesis, como ha notado Joseph Ratzinger⁴. Pues el primer relato de la Creación termina con el sábado, día en que Dios descansa de sus obras y signo de la bendición divina sobre el trabajo del hombre. Y el segundo relato concluye con la formación de la mujer, tras haber establecido Dios al solitario Adán en el centro del jardín. De este modo se traza un paralelo entre el Sábado, signo de la Alianza, descanso de Dios en sus obras y bendición divina sobre ellas; y la unión de varón y mujer en una carne, que alude a la unidad de Dios con su Pueblo⁵.

También los rabinos asociaron el poder de Dios para enlazar en matrimonio, con la unidad que el Creador presta a la historia de la salvación. Se nos cuenta, por ejemplo, este diálogo entre una rica señora y un maestro de la Ley. Arguye ella que es fácil concertar unas nupcias: llama a sus esclavos y asigna a cada uno una por esposa. Como respuesta basta al sabio aguardar solo un día: la rapidez con que los matrimonios forzados por la dueña se disuelven confirma su opinión. Y concluye: cuando Dios une hombre y mujer no realiza una obra sencilla, sino en extremo difícil, más aún que la separación del Mar Rojo⁶. No se trata de una hipóbole retórica. Y esto, primero, porque al separar las aguas obra Dios sobre elementos pasivos, dóciles a su voluntad, mientras la unión de hombre y mujer ha de contar con sus libertades, suscitándolas desde dentro. Además, el matrimonio prefigura toda la historia de la Alianza, mientras la separación del Mar Rojo es solo su inicio asombroso. Más poder es necesario para mantener unido a Dios al Pueblo durante su largo camino que para sola su generación liberándolo de Egipto.

⁴ Cfr. J. RATZINGER, «Zur Theologie der Ehe», *Theologische Quartalschrift* 149 (1969) 53-74, p. 56.

⁵ Cfr. A. FEUILLET, «L'indissolubilité du mariage et le monde féminin d'après la doctrine évangélique et quelques autres données bibliques parallèles», *Scripta Theologica* 17 (1985), 415-461, p. 459, ve en *Ct* 6, 4 la imagen nupcial que anuncia la unidad de los pueblos del Norte y Sur, para decir la reconciliación de Dios y su Pueblo, más allá de todo cisma, por anquilosado que esté.

⁶ Cfr. STRACK-BILLERBECK I, 803ss.

Dios une a hombre y mujer a través de su amor

Para entender la unidad a que se refiere Jesús cuando dice que «Dios ha unido» el matrimonio, nos ayuda comparar el corazón duro de los fariseos con el corazón de piedra denunciado por los profetas, opuesto al de carne que Dios promete restaurar en su Pueblo (cfr. *Ez* 36, 26). Se entiende qué es «hacerse una sola carne», cuando se tiene «corazón de carne», es decir, corazón que acoge al hermano, que «no se cierra a su propia carne» (cfr. *Is* 58, 7). Este reconocimiento de la carne del hermano como propia es posible a la luz del amor de Dios por su Pueblo, porque Yahvé bendice siempre en comunión, porque su plan es reunir a las dispersas tribus de Israel (cfr. *Ez* 36, 28). De ahí que el corazón de carne se vincule, en el oráculo profético, al Espíritu nuevo (cfr. *Ez* 36, 26-27), ámbito de comunión del hombre con Yahvé: el secreto está en descubrir cómo Dios se hace presente a la vida humana a través del encuentro con los hermanos. Del mismo modo, el marido que despierta a su mujer no la reconoce como «su propia carne» porque no ve a Dios presente en su amor mutuo. El corazón nuevo que trae Jesús permite reencontrar la analogía entre la acción de Dios en el mundo y la unión en una carne de hombre y mujer. Resultado sorprendente: a través de la carne, de sus inclinaciones y deseos, se percibe la obra unitiva de Dios, que se fragua, por tanto, en el centro mismo del sentir y querer humanos. En el matrimonio Dios no une con violencia, imponiendo su cohesión desde fuera sobre elementos discordes; sino con unidad que brota del interior de la persona, unidad en que participan el amado y la amada, unidad en armonía con su más hondo deseo. Dios une al varón y la mujer, pero nunca al margen del varón y la mujer.

Una intuición de san Buenaventura ilustra bien este punto. Dice el Doctor Seráfico que el matrimonio se instituyó con la frase del Génesis: «dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer...» (*Gn* 2, 24). Ahora bien, este versículo, según la exégesis del tiempo, no fue pronunciado por Dios, sino por Adán. ¿Cómo reconducir entonces el origen de las nupcias al querer de Dios? Responderá el Santo que, aunque la frase no la diga Dios, el Señor ha inspirado a Adán para que la pronuncie. Dios es su autor, pero quiere hacerla pasar por la experiencia del hombre, de modo que le brote desde dentro: Él instituye el sacramento del matrimonio ilustrando interiormente (*interius illustrando...*)⁷;

⁷ Cfr. SAN BUENAVENTURA, *In IV Sent.*, d. 26, a. 1, q. 4, in c. (Quaracchi, 664): «Unde Adam sic illustratus dixit: Hoc nunc os, etc., et sicut dicit Magister in littera, propheticæ est locutus; et ideo verbum illud non fuit a semetipso, sed a Deo: et ideo institutio huius Sacramenti fuit a Deo». La interpretación aparece ya en san Agustín, que descubre en

revelando, en la experiencia humana del amor, la presencia y acción divinas.

En conclusión: «lo que Dios ha unido», referido al vínculo entre varón y mujer, ayuda a describir el ritmo de la Alianza. En la imagen sponsal se recogen los rasgos esenciales de la historia sacra, pues allí: a) Se pone de relieve la primacía del obrar de Dios: es Él quien une al Pueblo consigo y a los hombres entre sí, del mismo modo que unió al principio a Adán y Eva. b) Sea en el matrimonio, sea en la Alianza con Israel, Dios no fuerza la unidad, no la impone desde fuera como cadena. Al contrario, la fórmula de la Alianza incluye en sí la libertad del hombre, pide a la persona que se ponga en juego. Dios es el que une, sí, pero lo hace a través del querer humano, suscitando el amor en el corazón de los suyos. c) Además, al igual que ocurre en la unión de varón y mujer, la unidad de la Alianza se fragua en el tiempo, a través de un camino en la historia, de modo narrativo; Dios llama al Pueblo, lo saca de Egipto, lo conduce por el desierto, perdona sus extravíos, lo dirige a la tierra de promisión, edifica su Santuario...: se articulan así, según distintos modos de presencia divina, los variados momentos de la ruta de Israel. d) Por último, igual que el matrimonio admite la reconciliación tras una ofensa, así la Alianza adquiere la forma del perdón y la misericordia, por la cual se muestra más fuerte que cualquier pecado humano, que cualquier debilidad del Pueblo; es duradera porque está garantizada por un amor que paga de antemano todas las costas. A la luz de tantos paralelos no extraña que el profeta Malaquías defina a la esposa como «mujer de la alianza», usando la palabra *berith*, que dice precisamente el pacto de Dios y su Pueblo (*Ml* 2, 16)⁸.

Tal nexos es confirmado en el Nuevo Testamento, como indica la respuesta de Jesús: Moisés os permitió dar repudio por vuestro duro corazón; *pero os digo...* (cfr. *Mt* 19, 8-9). Cristo se presenta aquí como quien pone término a la dureza de corazón. Y es que Él trae la unidad perfecta entre Dios y el hombre, restaura la memoria del don primero del Padre, anuncia un perdón sin fronteras, y todo desde dentro de la experiencia humana que ha asumido. La entera obra de Jesús puede resumirse justamente como «lo que Dios ha unido». Es decir, si Cristo es capaz de pronunciar esta frase sobre el matrimonio, es porque Él ha vivido en plenitud la unión de Dios con los hombres y de los hombres entre sí, porque Él conoce bien el modo en que Dios garantiza la solidez del amor. Jesús

Adán a un profeta, extasiado en el sueño: cfr. *De Genesi ad litteram* 9, 19, 36 (CSEL 28/1, 294).

⁸ Cfr. G. P. HUGENBERGER, *Marriage As a Covenant*, E. J. Brill, Leiden - New York - Köln 1994.

puede decir lo que dice porque es quien es y obra lo que obra. En labios de otro tales palabras serían vanas, ineficaces. A la luz de la obra consumada de Dios en la vida de su Hijo, que confiere trabazón cabal a los tiempos, se redescubre el proyecto originario de unidad entre el hombre y la mujer y la solidez que el amor divino puede prestar al amor humano.

La perícopa de *Mt* 19 nos ha permitido plantear nuestra reflexión sobre el matrimonio con amplia perspectiva teológica. El sacramento del matrimonio no ocupa, ciertamente, el lugar central de la dogmática. Se trata de una materia humilde, según la humildad propia del cuerpo humano, en que se incardina este sacramento⁹. Es la humildad de cuanto, estando inscrito en el tiempo y llamado a pasar, señala hacia algo más grande que porta en sí como fruto. Ahora bien, precisamente en su humildad el matrimonio juega un papel estratégico en la economía de la salvación, y su comprensión es decisiva para ofrecer una mirada completa sobre el misterio cristiano. Pues en él se encuentra, en forma de camino, «lo que Dios ha unido», hasta conducir al hombre a la comunión final consigo. Pasemos desde aquí a relacionar el tratado sobre el matrimonio, sea con nuestro momento cultural (2), sea con el conjunto de la tarea teológica (3).

2. EL MATRIMONIO Y LA FAMILIA: PROPUESTA DE COHESIÓN PARA UN MUNDO ROTO

La frase de Jesús, «lo que Dios ha unido», ilumina bien el drama de nuestra situación cultural. Gabriel Marcel se refería al mundo moderno como un mundo roto, compuesto por las piezas dispersas de un naufragio¹⁰. Y dice así G. K. Chesterton en su obra *Orthodoxy*:

El mundo moderno está lleno de las viejas virtudes cristianas que se han vuelto locas. Las virtudes se han vuelto locas porque han sido separadas unas de otras y vagan aisladas. De ahí que algunos científicos valoren la verdad, pero que su verdad sea inmisericorde. De ahí que gente humanitaria solo busque misericordia, y que su misericordia (siento decirlo) no tenga a menudo en cuenta la verdad¹¹.

⁹ Cfr. K. WOJTYLA, *Amor y responsabilidad*, Palabra, Madrid 2011, 210: «El cuerpo humano ha de ser humilde ante la grandeza de la persona, porque esta es la que da la medida del ser humano. Y el cuerpo humano ha de ser humilde ante la grandeza del amor...».

¹⁰ Cfr. G. MARCEL, *Le monde cassé*, Desclée de Brouwer, Paris 1933.

¹¹ Cfr. G. K. CHESTERTON, *Orthodoxy*, Doubleday, New York 1959, cap. 3, p. 30: «The modern world is not evil; in some ways the modern world is far too good. It is full of wild and wasted virtues. When a religious scheme is shattered (as Christianity was shattered at the Reformation), it is not merely the vices that are let loose. The vices are indeed, let loose, and they wander and do damage. But the virtues are let loose also; and the virtues wander more wildly, and the virtues do more terrible damage. The modern world is full of the old Christian virtues gone mad...».

El diagnóstico es preciso. Pues el problema del mundo moderno no es el abandono de todo valor. En efecto, hoy se aprecian mejor los distintos sectores del mundo y de la existencia. Conocemos mucho más sobre cada parcela del ser, desde el átomo a la Vía Láctea; hemos explorado todas las esferas de lo real: la materia, la vida, la conciencia; el arte, la historia, la religión. Ahora bien, tal abundancia de datos oculta una carencia: falta la mirada de conjunto, abarcadora, sabia, que descubra ilación y continuidad entre las cosas y entre los hechos. En este sentido, al decir de Ortega y Gasset, la época moderna, superior a todas, es inferior a sí misma¹². Inferior a sí misma porque desconoce el vínculo entre las piezas de los tantos hallazgos que la enriquecen. Echemos un vistazo a algunas grietas que atraviesan la estructura vital del hombre moderno¹³.

I) La primera es la que divide al individuo del resto de los hombres. Nace cuando se define al ser humano como libertad autónoma, autogenerada, capaz de obrar desde sí y para sí. Desde este punto de vista, los demás resultan siempre ajenos a lo más profundo de la persona, llegan siempre demasiado tarde para declarar lo esencial de la vida, quedan siempre a una segura distancia. Tal desligadura, característica del tiempo moderno, contrasta con la libertad que los griegos llamaban *eleuthería*¹⁴: el derecho a conservar las leyes y costumbres del propio pueblo ante los tiranos que pretendían desbaratarlas. Un hombre libre, *eleutherós*, era lo opuesto a la mónada aislada: poseía hondo arraigo en su ciudad, con su modo propio de vivir, heredado de sus abuelos, que ofrecía la atmósfera donde respirar una vida plena. Hoy, sin embargo, libertad y relaciones comunitarias están reñidas, pues la libertad del otro se considera el límite de la propia. Los sujetos se reúnen, sí, y adoptan leyes compartidas, pero solo por la utilidad que les reportan o para evitar conflictos peores, no porque la vida común sea un bien raíz.

II) Junto a esta fractura entre individuo y comunidad encontramos otra que recorre al hombre por dentro: es la división entre *alma* y *cuero*, *mente* y *materia*. Nuestra época ha separado netamente lo espiritual y lo corpóreo. Están, por un lado, la conciencia y libertad; por otro, la materia extensa que constituye el cosmos. En el primer ámbito se plantean las

¹² Cfr. J. ORTEGA Y GASSET, «La altura de los tiempos», en Íd., *La rebelión de las masas*, en *Obras completas* IV, Santillana – Fundación José Ortega y Gasset, Madrid 2005, 393: «más que los demás tiempos e inferior a sí misma».

¹³ Cfr. F. BOTTURI, «Scissione dell'esperienza e ricerca di unità», en AA.VV., *Frammentazione dell'esperienza e ricerca di unità*, Glossa, Milano 2010, 59-64.

¹⁴ Cfr. R. SPAEMANN, «Ende der Modernität?», en *Philosophische Essays. Erweiterte Ausgabe*, Reklam, Stuttgart 1994, 232-260.

grandes preguntas sobre el sentido, que son propias de cada individuo, pues están sujetas a juicios subjetivos. En el segundo se analizan y comprenden las leyes de la naturaleza con vistas a la producción técnica; solo aquí habitan las verdades objetivas, demostrables por las ciencias experimentales en la plaza pública¹⁵. De este modo, el hombre mismo queda dividido: su conciencia espiritual de un lado, su cuerpo material de otro.

III) En tercer lugar se certifica una *división que recorre los tiempos*. La Modernidad vivió según la fe en un progreso imparable: las condiciones de vida irían siempre a mejor, gracias a la inventiva tecnológica. Para una mirada tal, el pasado ya no tiene interés, pues importan solo los resultados que ha producido. El futuro, por su parte, no esconde sorpresas más allá del control del hombre, porque sigue el ritmo de los descubrimientos científicos, que nos confieren cada vez más poder y previsión. Pero pronto estos hallazgos revelaron su ambigüedad, en cuanto capaces tanto de edificar como de destruir. Pues el progreso, como decía Benedicto XVI citando a Adorno, es también el paso del tirachinas a la bomba atómica¹⁶. Entonces el futuro se volvió a abrir de modo exorbitante, poblándose ahora de pesadillas. Creció así, cada vez más, la distancia entre el pasado, realidad caduca, fuera de moda, y el porvenir, cada vez más colmado de incógnitas.

¿Cómo se ha respondido a la amenaza de estas fracturas? Se ha insistido, por un lado, en que los verdaderos vínculos son aquellos que el hombre construye: vale solo lo que «el hombre ha unido» y que, por tanto, él mismo es capaz de desunir. De ahí que se haya celebrado la hegemonía de las *relaciones puras*, es decir, aquellas que no tienen más forma que la voluntad de los contrayentes, aquellas que no están determinadas por orden alguno superior al sujeto¹⁷. Hombre y mujer viven juntos solo porque así lo quieren ambos como individuos, y solo mientras así lo quieran, dando lugar a vínculos líquidos, de flujo y figura variable. Es una cohesión muy débil, capaz de ofrecerse y retirarse a voluntad, que crea inquietud y angustia grandes.

Queda, por otro lado, la unidad propia de las masas, de las corrientes de opinión, unidad uniforme que engulle a la persona en estadísticas sin rostro; unidad que, al eliminar lo genial de cada individuo, al fundirles a todos en uno, termina siendo también muy débil, como la de todo ser sin alma al que falta principio intrínseco de cohesión.

¹⁵ Cfr. PAPA FRANCISCO, Encíclica *Lumen Fidei*, 25.

¹⁶ Cfr. BENEDICTO XVI, Encíclica *Spe Salvi*, 22.

¹⁷ Cfr. A. GIDDENS, *The Transformation of Intimacy. Sexuality, Love and Eroticism in Modern Societies*, Stanford University Press, Stanford, CA 1992.

El amor que sutura los desgarrones

Muy otra era la visión del mundo antiguo, para quien el factor de unidad no estaba en el individuo aislado, ni tampoco en el maremágnnum indiferenciado de la sociedad, sino precisamente en el amor, un amor que lo relacionaba todo, sin por ello confundir el nombre de cada cosa. Es el amor el que, según Boecio, gobierna los cielos¹⁸; del amor, como añade Petrarca, «aire, agua y tierra» están llenos¹⁹; él es motor del sol y las demás estrellas, al que cantó Dante en el último verso de su *Comedia*²⁰.

¿Podría recuperar el hombre contemporáneo esta visión? Para ello no bastaría reproponer esquemas antiguos, juzgados hoy caducos. Habría que seguir, por el contrario, las rutas propias de la Modernidad, que ha elegido el punto de partida del sujeto. Es decir, habría que comenzar por la experiencia vivida, para colonizar desde ahí, de nuevo, todo el universo. Ahora bien, esta experiencia no sería la del yo aislado y pensante, cuyo laberinto se ha mostrado lleno de callejones sin salida. Se partiría, más bien, de la experiencia del amor, para mostrar de este modo, desde el centro de la vivencia humana, la apertura del hombre más allá de sus límites. Y surgiría un nuevo factor de unidad que, sin reducirse a la pura voluntad del hombre, la tenga en cuenta, actuando a través de ella. Es esta la vía que eligió Juan Pablo II en sus *Catequesis sobre el amor humano*²¹; desde ella se nos descubre una respuesta nueva al problema de la unidad en nuestra cultura.

a) Desde el amor se comprende que la persona aislada no es el surtidor primario de unidad en el mundo. Pues el amor es más fuerte que la suma del querer de los amantes; de él brota un manantial que les abraza y sostiene, situándoles en el contexto de una unidad mayor. Ya desde su nacimiento en una familia, lugar del amor originario, la persona es recibida por otros, que le regalan un lugar de pertenencia y, de este modo, una armonía primordial consigo y con el mundo, armonía que ella no ha creado. Y después, en el encuentro sponsal, descubrirá en el amor una cohesión mayor que cuanto le permitiría su solo deseo y querer. Son iluminantes a este respecto las palabras del Doctor Zhivago de Pasternak:

Se amaron porque así lo quiso cuanto los rodeaba: la tierra a sus pies, el cielo sobre sus cabezas, las nubes y los árboles. Su amor placía a todo lo que los rodeaba, tal vez más que a ellos mismos [...]. ¡Ah, eso era lo principal, lo que los había aproximado y unido!

¹⁸ Cfr. BOECIO, *Consolatio philosophiae* II, 8, 28-30; cfr. C. J. VOGEL, «Amor quo caelum regitur», *Vivarium* 1 (1963) 2-34.

¹⁹ Cfr. PETRARCA, *Canzoniere*, CCCX (Einaudi, Torino 2010, 422).

²⁰ Cfr. DANTE, *Paradiso* XXXIII, 145.

²¹ Cfr. JUAN PABLO II, HM, cat. 1-23, pp. 61-166; cfr., sobre todo, cat. 4, nota 7.

Nunca, jamás, ni en los minutos de felicidad más gratuita y desmemoriada les había abandonado algo más alto y apasionante: el deleite por la armonía general del mundo, el sentimiento de formar parte de todo ese cuadro, la sensación de pertenecer a la belleza de todo ese espectáculo, de todo el universo. Esa comunión era su razón de ser²².

Se expresa aquí que, cuando hombre y mujer se juntan, resultan unidos por una energía que, actuando siempre a través de su querer, lo sustenta, lo consolida, lo eleva. Más adelante veremos cómo se halla aquí una vía para encontrar a Dios, fuerza unitiva entre el hombre y la mujer.

b) Esta unidad, por otra parte, no significa fusión que desdibuja los contornos, no es masa anónima que elimina lo genial de cada persona. Contra esta disolución de lo individual en el amor reaccionaba Adrian Leverkühn, el protagonista del *Doctor Fausto* de Thomas Mann:

«Y han de ser una sola carne», empezó de nuevo. ¡Curiosa bendición! [...] esto es, precisamente, lo que yo llamo «domesticación». Evidentemente se trata de eliminar del matrimonio el pecado, la sensualidad, el maléfico deleite, que solo puede darse en dos carnes distintas, y no en una sola [...]. «Una carne», los amantes no lo han sido nunca y la disposición canónica quiere, con el deleite, ahuyentar también del matrimonio el amor²³.

Se critica aquí la noción de «una sola carne»: solo si los amantes siguen siendo dos, solo si la carne del otro sigue suscitando el placer de lo misterioso, el deseo fascinador del eros, puede haber verdadero amor. Ser una carne... ¿no significa entonces perder la atracción que nos une al amado, disolvernos en un pecado existir? Tiene razón Leverkühn en denunciar un peligro. Ignora, sin embargo, como veremos, que la expresión *una caro* conserva siempre la distinción de los cónyuges. En su diferencia ambos alcanzan una unidad dinámica, no fusional, que saca de sí a hombre y mujer, que les pone en camino hacia una misma meta, que les abre a la naturaleza, a la sociedad, a Dios. Es significativo, a este respecto, que el texto de Gn 2, 24 («serán una sola carne») fuera traducido así por los LXX: «serán *dos* en una sola carne».

El secreto para recobrar la unidad no está, por tanto, en el individuo solitario, no está en su conciencia subjetiva o en su voluntad autónoma;

²² B. PASTERNAK, *Doctor Zhivago*, Galaxia Gutenberg, Barcelona 2010, 668; la cita continúa: «Y por tanto no se sentían atraídos por la moda de mimar al hombre, ensalzarlo por encima del resto de la naturaleza y rendirle culto. Los principios de una falsa socialización transformada en política les parecía una chapuza lamentable que escapaba a su comprensión».

²³ TH. MANN, *Doktor Faustus*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires 1984, cap. XXII, p. 176.

ni tampoco, por otra parte, se encuentra en la masa confusa que elimina lo personal, en el yo gregario y adocenado. El secreto para recobrar la unidad se halla en el amor como relación sinérgica: en la cohesión primigenia que este regala y en la novedad unitiva que alumbra. Y entre los tipos de amor son paradigmáticas las relaciones conyugales y familiares, porque se arraigan en el cuerpo del hombre a partir de la diferencia sexual, y porque atraviesan su tiempo. Así, desde el matrimonio pueden suturarse los tres desgarrones de nuestra cultura, arriba señalados²⁴:

I) En el matrimonio y la familia el individuo aislado rompe su jaula, ensancha su reducido mundo. Pues entiende ahora que puede habitar el mundo del otro, y ser habitado por otros: varón y mujer se hacen una sola carne, aceptándose y entregándose mutuamente; el hijo es recibido en el amor de sus padres, cuya historia pertenece desde siempre a su identidad filial; y los padres amplían su futuro en el porvenir del hijo, que llevará sus apellidos hacia otra generación²⁵. Se fragua aquí una idea relacional de libertad: solo puede ser libre quien vive en común, quien tiene una morada, quien ha recibido, con el nombre, una vocación y un destino: nuestra libertad empieza donde empieza la libertad del cónyuge, del hermano, del padre, del hijo²⁶.

II) En el matrimonio se ponen en juego y se asocian armoniosamente lo corporal y lo espiritual. Quien sabe que su amor es uno solo, entiende también que pueden integrarse en unidad todos los elementos que forman este amor: el instinto y deseo, los afectos del corazón, el querer libre y el conocer reflejo, la aspiración a lo eterno. Al hacerse una sola carne, varón y mujer descubren que su unión mutua se teje sobre el trasfondo de la unidad de todo el universo y alcanzan a vislumbrar el secreto de su unidad interna como personas²⁷.

III) El matrimonio, por último, nos ayuda a trabar en unidad nuestra historia, de generación en generación. Aquí la memoria se hace profunda, pues hombre y mujer descubren en sus cuerpos un lenguaje primigenio, que ellos no han creado y que les permite expresar un amor

²⁴ Cfr. L. MELINA, *Per una cultura della famiglia: il linguaggio dell'amore*, Marcianum Press, Venezia 2006.

²⁵ Sobre la capacidad del amor de crear un mundo común, cfr. A. BADIOU, *Éloge de l'amour*, Flammarion 2009.

²⁶ Cfr. J. RATZINGER, «Preface», en Commission Théologique Internationale, *Problèmes doctrinaux du mariage chrétien*, Louvain 1979, 7-12, p. 9.

²⁷ Cfr. J. GRANADOS, «La unidad del hombre a la luz del amor», en L. MELINA – C. A. ANDERSON (ed.), *La vía del amor. Reflexiones sobre la encíclica Deus Caritas Est de Benedicto XVI*, Monte Carmelo - Pontificio Instituto Juan Pablo II, Burgos 2006, 77-90.

pleno. Aquí aparece el tiempo de la promesa, el «para siempre» del amor, que enhebra los tiempos y se abre al porvenir en la generación de los hijos.

Resulta claro, entonces, que hombre y mujer pueden unirse porque en su amor descubren una cohesión que supera la suma de sus fuerzas aisladas; porque sus cuerpos hablan un lenguaje primordial de unidad; porque han recibido una tradición y una herencia, de generación en generación, que les abre el futuro. Decir que «Dios les ha unido» confirma y completa esta apertura a esferas más amplias, que es parte de la experiencia cotidiana del amor.

No extraña, a esta luz, que la tradición sapiencial de la Biblia descubra el orden entero del cosmos en el misterio del amor conyugal, al que los Proverbios aluden como «el camino del hombre por la doncella» (cfr. *Pr* 30, 19)²⁸. El versículo formula con estas palabras el cuarto de una serie de enigmas: la ruta del águila en el aire, de la serpiente en la tierra, de la nave por el mar (cfr. *Pr* 30, 18-19), que recapitulan todos los ámbitos de lo creado. Se recuerda de este modo la acción primera del Creador en el Génesis, que ordena el universo y vincula entre sí los seres, recapitulando todo en el misterio del hombre y la mujer que, como recordara el Evangelio, Él mismo ha unido. Estudiando el significado último de esta frase del Maestro, la teología presta un servicio a la construcción de la ciudad humana, en búsqueda urgente de unidad²⁹.

3. EL TRATADO DEL MATRIMONIO EN RELACIÓN CON OTROS TRATADOS TEOLÓGICOS

Pensar el matrimonio como «lo que Dios ha unido» no solo enseña a recomponer nuestro puzzle cultural, sino que nos permite hacerlo sin abandonar el centro de la fe cristiana: la revelación del amor de Dios en Cristo. La cohesión que Dios confiere a hombre y mujer ilustra el modo en que Él crea unidad en la historia, así como la unidad que le anima internamente. Por eso, desde la atalaya estratégica del matrimonio se abre una mirada que reúne los distintos ámbitos de la teología permitiendo

²⁸ Cfr. C. GRANADOS, «Un enigma sapiencial: el camino del varón por la doncella (*Pr* 30, 18-19)», *Estudios Bíblicos* 71 (2013), 21-36.

²⁹ Cfr. PAPA FRANCISCO, *Lumen Fidei*, 51: «La luz de la fe permite valorar la riqueza de las relaciones humanas, su capacidad de mantenerse, de ser fiables, de enriquecer la vida común».

una síntesis certera. Pasamos revista brevemente a algunos de ellos, desarrollados luego en los próximos capítulos.

a) Matrimonio y misterio de Cristo

Así como nuestra cultura está necesitada de unidad, así el Evangelio se puede resumir como regalo de nueva unidad al mundo, la unidad propia de Dios. A través de Cristo, el hombre se reúne con su Padre, lo que acerca entre sí a los hermanos, recompone la armonía de cada uno en cuerpo y alma y le reconcilia con la naturaleza. No solo eso: frente a la dispersión que viven los tiempos, el cristianismo anuncia que todo ha sido recapitulado en Jesús, Dios y hombre, culmen de la historia; Cristo ofrece la clave para vincular cada uno de nuestros pasos con su origen y destino último en el Padre³⁰.

Pues bien, si el matrimonio es «lo que Dios ha unido» en los inicios del mundo, tendrá un papel clave para explicar esta unidad final a que todo está llamado en Cristo. El amor de varón y mujer recapitula ya en sí las distintas esferas de lo real, a través del cuerpo humano, lugar de instintos y sede de afectos, ámbito del encuentro interpersonal y apertura de la vida al contacto con lo divino. Por eso el Cantar de los Cantares puede esbozar, sobre el cuerpo de la amada, la geografía de la tierra de Israel (*Ct* 7, 2-6); y en el del amado, la arquitectura del Templo (*Ct* 5, 14-15).

La recapitulación traída por Cristo se construye sobre este esbozo de plenitud a que todo matrimonio indica. Y así, por ejemplo, el matrimonio nos revela que el cuerpo es ámbito de relaciones, región de alianzas; no extraña entonces que el Hijo de Dios haya asumido la carne (cfr. *Jn* 1, 14) como lugar idóneo para expresar el amor pleno al Padre y a los hombres. En el matrimonio y la familia, además, se experimenta que pertenecemos unos a otros y compartimos la misma suerte; se entiende entonces que Cristo pueda reunirnos en sí y acogernos en su vida para salvarnos (cfr. GS 22: «con su Encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre»). Las nupcias contienen la gramática originaria que Jesús ha usado para desvelar el lenguaje de su unión definitiva con el Padre y con los hermanos.

Se da aquí un camino circular, de ida y vuelta, desde Cristo al matrimonio y desde el matrimonio a Cristo³¹. Pues para entender el alto des-

³⁰ Cfr. J. GRANADOS, *Teología de los misterios de la vida de Jesús*, Sígueme, Salamanca 2009.

³¹ Precisamente un elemento central del estudio del matrimonio será la relación naturaleza – gracia: cfr. K. LEHMANN, «Sacramentalité», en Commission Théologique Internationale, *Problèmes doctrinaux du mariage chrétien*, Louvain 1979, 180-217; E. CORECCO,

tino de las nupcias hay que contemplar cómo Dios unifica en Jesús a los hombres consigo y les reconcilia con el cosmos y la historia. Y, viceversa, entender el matrimonio ayuda a comprender cómo Jesús puede recapitular, en su cuerpo entregado, todas las cosas y todos los momentos. De hecho, los nombres de Cristo privilegiados en la Escritura cobran acentos familiares: Él es el Hijo, es también el Esposo, es nuestro hermano, es el nuevo Adán padre de un nuevo linaje... que nos descubre en plenitud qué significa ser hijos, esposos, hermanos, padres y madres.

b) El matrimonio en la Iglesia, cuerpo y esposa de Cristo

Desde la teología del matrimonio puede entenderse bien que el punto de destino final de los siglos no esté en Cristo solo, sino en la unidad de Jesús y su Iglesia. Siendo relacional la vocación del hombre, como desvela la experiencia de la familia, relacional ha de ser también su consumación definitiva. A esto apunta la unión de Adán y Eva desde sus inicios creaturales, según el símil desarrollado por san Pablo a los Efesios (cfr. *Ef* 5, 21-33). Por tanto, estudiar el matrimonio será necesario para comprender quién es la Iglesia³². En él se encuentra, como veremos, la clave que unifica las imágenes principales que se han usado para describirla: Cuerpo, Esposa, comunión, nuevo Pueblo de Dios...

Por otra parte, acercarse al misterio de la Iglesia ilumina hondamente la vocación conyugal. Los esposos no edifican un hogar cerrado, no siguen un camino de santidad casero; por el contrario, dado que su gracia es gracia eclesial, proveniente del amor que constituye la Iglesia, están animados por su misma dinámica de comunión y misión. Su amor viene de Dios y está llamado a abrirse a todos los hombres, generando vida y relaciones.

Se entiende así, por fin, que la célula más pequeña de la Iglesia no es el sujeto aislado, sino la célula comunal del matrimonio y la familia. La Iglesia no es comunión de individuos, sino comunión de comuniones, cuerpo que crece a partir de la «una caro» de hombre y mujer. Por eso, en la celebración del matrimonio no solo se genera una familia, sino que también se genera Iglesia. La familia resulta así sujeto de evangelización, de modo que el amor mismo se vuelva misionero.

«L'inseparabilità tra contratto matrimoniale e sacramento alla luce del principio scolastico *Gratia perficit, non destruit naturam*», en *Communio* 16 (1974), 28-41; 17 (1974), 30-51.

³² Cfr. H. U. VON BALTHASAR, «¿Quién es la Iglesia?», en Íd., *Sponsa Verbi: Ensayos teológicos II*, Encuentro – Cristiandad, Madrid 2001, 145-196; A. Scola, *Chi è la Chiesa? Una chiave antropologica e sacramentale per l'ecclesiologia*, Queriniana, Brescia 2007.

c) *El matrimonio y los demás sacramentos*

La relación del matrimonio con el Cuerpo de Cristo lo sitúa entre los otros sacramentos³³. Pienso ante todo en la Eucaristía, centro y fuente de la entera economía sacramental. Tenemos aquí el sacramento del Cuerpo de Jesús, que se hace presente en su entrega; y, a la vez, el sacramento de la comunión, fruto último que la Eucaristía confiere. Es fácil entonces ver el nexo con el matrimonio, que es también sacramento del cuerpo y del amor. En las nupcias entendemos lo que es un cuerpo preparado por el Padre (cfr. *Hb* 10, 5), lo que significa entregar el propio cuerpo (cfr. *1 Co* 11, 24) y la capacidad generativa que esto conlleva. La Eucaristía desvela la madurez a que está llamado el matrimonio y el matrimonio nos transmite los rudimentos para ahondar, desde la experiencia humana, en el misterio eucarístico.

A partir de este vínculo entre Eucaristía y matrimonio se arroja luz sobre el resto de los sacramentos. Se trata de entender los distintos modos en que el cuerpo se expresa para manifestar y comunicar el amor. Y así el matrimonio, donde sucede el nacimiento de los hijos, nos acerca al Bautismo, sacramento en que nacemos al cuerpo nuevo de Jesús, a su nueva red de relaciones familiares. Y el matrimonio enseña también la progresiva integración entre el cuerpo y el amor, clave para comprender la presencia del Espíritu sobre nuestra carne cuando somos confirmados. No sería difícil continuar, explicando el nexo con los otros signos de salvación, hasta mostrar –así trataremos de hacer– cómo el matrimonio juega un papel clave para dilucidar el concepto mismo de sacramento. Pues allí lo corporal resulta ámbito en que se despliega el misterio del Dios invisible.

d) *Desde el matrimonio, la pregunta sobre Dios*

Anclado en su relación fundante con Cristo y la Iglesia, el matrimonio ilumina también el interés central de la teología, que es la pregunta sobre Dios³⁴. En cuanto el matrimonio revela el modo en que Dios une, nos permite adentrarnos en el misterio divino, que es misterio de unidad. Que el amor humano sea lugar escogido por Dios para actuar, comuni-

³³ Cfr. J. GRANADOS, *Signos en la carne. El matrimonio y los otros sacramentos*, Didáskalos minor, Monte Carmelo, Burgos 2011; L.-M. CHAUVET, «Le mariage, un sacrement pas comme les autres», *La Maison-Dieu* 127 (1976), 65-105; M. OUELLET, *Mistero e sacramento dell'amore: Teologia del matrimonio e della famiglia per la nuova evangelizzazione*, Cantagalli, Siena 2007.

³⁴ Cfr. M. OUELLET, *Divine Likeness. Toward a Trinitarian Anthropology of the Family*, Eerdmans, Grand Rapids, MI 2006.

cando unidad al mundo; que Dios se complazca en unir personalmente a varón y mujer, haciéndoles fuente de unidad familiar; que haya usado el matrimonio como símbolo eximio de su unidad con los hombres... todo esto nos dice algo también sobre Dios mismo.

Es un Dios al que gusta revelarse en las relaciones, porque Él mismo es relación de amor; un Dios que no engulle al hombre, absorbiéndolo como la gota en el océano, sino que tiene puesto para asumir, respetándolo, lo que es diferente, igual que respeta, al unirlos, la diferencia de hombre y mujer. Además, en el matrimonio se experimenta la generación de un hijo, el fruto cumplido del amor conyugal, en que los esposos colaboran con el Creador: es este un dato clave para comprender, como en espejo y enigma, la paternidad de Dios, que es desde siempre Padre porque desde siempre tiene un Hijo.

En suma, desde el amor familiar se abren líneas que ayudan a la comprensión del tratado sobre Dios, cuyo misterio de unidad toma desde aquí la forma del amor. Habrá de tenerse en cuenta, claro está, que, por muchas semejanzas que encontremos, mayores serán las desemejanzas entre el amor humano y el misterio divino.

El tratado del matrimonio puede parecer de poco calado. Fue el último admitido entre los siete por la teología medieval, como si hubiera entrado de rondón y a última hora en ese número. Sin embargo, los mismos autores del Medievo señalan rasgos que otorgan gran valía a este sacramento. Y así se ha dicho, por ejemplo, que el matrimonio es superior en cuanto a su significación, pues en él se simboliza la entera *historia salutis*³⁵. Se pone de relieve entonces la importancia del estudio del matrimonio para la teología. Desde él se puede proponer una perspectiva unitaria, sintética, de los tratados teológicos³⁶.

«Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre» (*Mt* 19, 6). Gonzalo Torrente Ballester ha expresado bien este papel unitivo del matrimonio en su obra *Don Juan*. Allí se nos narra, en lenguaje poético, la búsqueda de Adán, según el capítulo segundo del Génesis. El primer hombre, solo en el jardín, feliz con los dones y presencia de Dios, con quien conversa cada día, recibe una tarea: emprender un largo viaje para descubrir y llevar a Dios las palabras con que cada cosa creada le expresa su amor. Al volver de su periplo, Adán está desanimado por el poco fruto de su búsqueda:

³⁵ Cfr. ALEJANDRO DE HALES, *Glossa in quatuor libros sententiarum Petri Lombardi*, IV, d. XXVI, 2 (Quaracchi, Florentiae 1957, 446); cfr. T. RINCÓN, *El matrimonio: misterio y signo. Siglos IX al XIII*, Eunsa, Pamplona 1971, 280-281.

³⁶ Al respecto, cfr. C. ROCCHETTA, *Teologia della famiglia: fondamenti e prospettive*, Dehoniane, Bologna 2011.

- Ni las cosas me entienden, ni las entiendo. Sean estrellas, ranas, cataratas de agua, leones o claveles, al preguntarles, enmudecen; al hablarles de amor, me miran sin comprender. Somos distintos, no hablamos la misma lengua. Siento como si un abismo nos separase... Ellas te aman, y Tú las amas, y me duele quedar fuera de ese concierto...³⁷.

Dios sabía que esto iba a suceder y, mientras Adán duerme, modela para él su gran regalo, que será también respuesta a su inquietud. Eva, la primera mujer, ayuda a Adán a descubrir aquello que buscaba: en el amor conyugal todos los elementos del cosmos encuentran un lenguaje que, desde lo más hondo de la experiencia humana, desvele la armonía de las cosas entre sí y con el Creador. Y dice Adán:

- Sí. Quería decirte que ahora ya puedo traerte el mensaje que te debían las cosas, porque he sentido en mi corazón la corriente de amor venida de ellas hacia Ti, y también el amor caído desde Ti y derramado por todo el Universo. Resuena en mis entrañas la vida, y te la ofrezco como una oración de todas tus criaturas. Te estoy agradecido, Señor, por haber tendido sobre el abismo este puente... (señaló a Eva) y por habernos hecho de tal manera que sienta en mi pecho la corriente de su sangre, y ella la mía, y los dos la Creación entera. Como si fuéramos uno...³⁸.

Al unirse en una sola carne, hombre y mujer se unen con toda la creación, en cuanto esta procede de Dios y revela a Dios. El matrimonio se hace así sacramento de unidad, alivio para nuestra cultura rota, desde el centro mismo del Evangelio. A explorar esta singular cohesión se dedican los capítulos que siguen.

³⁷ G. TORRENTE BALLESTER, *Don Juan*, RBA Libros, Barcelona 2011, 319-320.

³⁸ G. TORRENTE BALLESTER, *Don Juan*, 324.